

gran remedio debe ser todo esto contra los arrebatos de nuestras pasiones, contra los sentimientos de la venganza y de la ira! Amor propio, delicadeza humana, orgullo de la vida, ¿subsistiréis aun á vista de este objeto?

¡O amable Jesus! ¿era necesario sufrir tanto para persuadirme que me amais? ¿Concibo yo bien cuánto me amais? y si lo concibo, ¿cómo yo os amo tan poco? ¿Puedo asegurar yo, Señor, que os amo? ¡Ah, Señor! ¿de qué me sirve la justicia que yo me hago, si mi corazón no muda? pero esta mudanza debe ser obra vuestra; sea, pues, hoy el fruto de vuestros tormentos y de vuestra sangre.

JACULATORIAS. — ¡Cuánta verdad es, Señor, que os habeis cargado con nuestras iniquidades, y que habeis querido sufrir toda la pena que merecian! (*Isai. 53.*)

¡Qué daré yo á este Dios de bondad por todos los beneficios que he recibido de él, y por todo lo que se ha dignado sufrir por mí! Yo aceptaré con toda voluntad el beber su cáliz. (*Psalm. 115.*)

PROPOSITOS.

1 Las gentes del mundo miran las maceraciones de la carne como frutos de países extranjeros que no pueden darse mas que en los desiertos ó en los claustros: si los ven entre las personas del siglo, los consideran como frutos raros que no crecen sino muy resguardados y á fuerza de cultura: se admiran, se alaban, y á esto se reduce todo. ¿Desde cuando las austeridades corporales no son mas que para los religiosos y los devotos, y de ningún modo para las gentes del mundo? ¿Son menos violentas las pasiones, menos temibles en el corazón de los mundanos, que en las almas puras y mortificadas? ¿Hay dos Evangelios? S. Pablo castiga su cuerpo con duras austeridades, y le reduce á servidumbre, no sea que, dice, despues de haber predicado á los otros, venga él mismo á hacerse réprobo; y personas cargadas de pecados alimentan sus pasiones entre los placeres, lisonjean sus cuerpos, se estremecen al solo nombre de mortificación, se desmayan á la vista de un instrumento de penitencia: ¡mi Dios! ¡qué bien prueba esta conducta lo pequeño del número de los elegidos! Si en esas reuniones mundanas en donde todo brilla, en donde no se habla mas que de placeres, se pensase en hablar de cilicios ó de semejantes austeridades, se haria reir; pero en la muerte, ¿no hará llorar y gemir el haber tenido horror á estas penitencias? En cualquier estado en que os halleis, teneis nece-

sidad de macerar vuestra carne con las austeridades. Informaos de un director sabio y zeloso cuáles son las que os convienen: no escuchéis á una seductora delicadeza que persuadiéndonos que las penitencias no son á propósito para nosotros, probaria por lo mismo que nosotros no somos á propósito para el cielo. No practiquéis, sin embargo, ningunas por ligeras que sean sin consejo y sin permiso; la indiscrecion en el fervor puede ser tan nociva, como la cobardía en una vida tibia. Cuando se sigue á una buena guia, no es tan fácil estraviarse.

2 Si vuestra delicadeza se alarma por esta práctica, animaos con la reflexion que hacia S. Agustin para vencer su cobardía: ¿y tú no podrás lo que estos y estas? ¿Por qué con el auxilio de la gracia no podré yo hacer lo que han hecho y hacen aun todos los dias tantas personas de mi edad, de mi sexo y de mi condicion? ¿lo que hace mi hermano en el estado religioso? ¿lo que practica mi hermana en el monasterio? ¿En virtud de qué título, de qué privilegio estaré yo exento de ello? ¿Es porque ellos son mas inocentes, mas santos que lo que lo soy yo? Por esto mismo debo dispensarme menos de estas penitencias. Comenzad siempre por observar con mas regularidad los ayunos de la Iglesia y las abstinencias que prescribe; pero no pareis en esto; añadid tambien ciertas pequeñas austeridades. Nada contribuye tanto para debilitar y domar las pasiones, y no hay cosa que así consuele en el fin de la vida.

JUEVES SANTO.

EN todos tiempos ha sido el Jueves santo uno de los dias mas solemnnes de la Iglesia, á causa de los grandes misterios que en él se han obrado. Los griegos y los demás pueblos del Oriente le han llamado por excelencia *el dia de los misterios*. Celébrase en él el misterio de la humildad y del abatimiento de Jesucristo en el lavatorio de los pies; el de su amor incomprendible á todo entendimiento criado en la institucion de la divina Eucaristía, y del sacerdocio sagrado de la nueva ley. Su oracion misteriosa, que fué como su primera oblacion; su agonía sangrienta en el huerto de los Olivos, la cual fué como el preludio de su pasión; y su prision voluntaria que fué la primera escena. Pero el objeto principal de la fiesta del Jueves santo, es la institucion del misterio de la Eucaristía. Esta fiesta ha comenzado con la institucion de este augusto sacramento, y puede decirse que su celebracion es tan antigua como la Iglesia. El luto mismo y la tristeza en

que está la Iglesia durante estos días consagrados á la pasion del Salvador, cedió, por decirlo así, desde entonces al regocijo espiritual, en que parece que consiste la verdadera nocion de esta fiesta. La Iglesia tambien suspende hoy su luto en la celebracion de la misa, por el color y la magnificencia de los ornamentos, cantando el cántico *Gloria in excelsis*.... El mismo rigor del ayuno de la Semana Santa fué mitigado desde los primeros siglos, á causa de la solemnidad de este dia, permitiendo tomar la comida antes de nona como en los ayunos ordinarios. La fiesta del Jueves santo por mucho tiempo fué obligatoria de precepto, y hubiera continuado esta obligacion si la Iglesia no hubiera trasladado la fiesta del Santísimo Sacramento, del Jueves santo al jueves despues de la Santísima Trinidad, para hacerla así todavía mas solemne. El concilio de Tréveris, celebrado el año de 1543, redujo la fiesta del Jueves santo á la clase de las medias fiestas, en las que la mañana está destinada al servicio divino y á los demás ejercicios de piedad, y desde medio dia al trabajo para el pueblo. El uso mas comunmente recibido hoy, es dejar la fiesta á la devocion de los particulares, recomendándoles la asistencia al oficio divino, y que visiten despues de mediodia las estaciones con aquel espíritu de religion y con aquella devocion que pide una práctica de piedad tan santa y tan útil.

Por solemne que fuese la fiesta de la institucion de la adorable Eucaristia, que forma lo principal de la celebridad del Jueves santo, ha creido la Iglesia en lo sucesivo, que esta gran fiesta estaba demasiado comprimida en un dia en que la memoria de la pasion del Salvador participa de la solemnidad, y mezcla su luto con la alegría espiritual de la fiesta. Por esto, hácia la mitad del siglo XIII, le pareció mas á propósito trasferir la fiesta particular del Santísimo Sacramento del Jueves santo al jueves despues de la octava de Pentecostés, para celebrarla con toda la magnificencia y la solemnidad que pide un misterio que hace nuestra felicidad, que contiene la fuente de todas las gracias, y que puede llamarse el tesoro de nuestra religion. Reservamos para aquel dia el hablar mas á la larga de este adorable misterio.

El lavatorio de los pies es una de las principales ceremonias del Jueves santo. Habiendo dicho Jesucristo á sus discípulos que si él les lavaba los pies, siendo su Señor y su Maestro, tambien ellos debian lavarse los pies los unos á los otros; se ha considerado siempre este orden como un precepto de humildad, y como una leccion que era muy oportuno el observar á la letra. Los primeros cristianos se la impusieron como una ley de caridad

con respecto á los huéspedes que recibian, á los cuales nunca dejaban de lavar los pies inmediatamente despues de su llegada. La misma práctica se conservó mas religiosamente todavia en los monasterios. No queriendo la Iglesia dejar que se perdiese esta costumbre, creyó deberla establecer como una práctica sagrada, que redujo á sus principales ministros, como quienes ocupan mas particularmente el lugar de Jesucristo, por su clase de superioridad. Establecióse, pues, la costumbre de que así como el abad ó el prior lavaba los pies el Jueves santo á todos sus religiosos á ejemplo de Jesucristo, el obispo ó la cabeza del cabildo los lavase á todo el clero; como se aumentase todos los dias el número de éste, se redujo á doce, que era el número de las personas á quienes el Salvador habia lavado los pies. El soberano pontifice como vicario de Jesucristo, ha mirado siempre esta santa ceremonia como un deber de religion de que no podia dispensarse. El mismo lava los pies á doce sacerdotes pobres, á cada uno de los cuales le da en seguida una buena limosna, y los despide tan enternecidos por un ejemplo tan edificante, como gratos por su caridad. En Narbona cada canónigo lava los pies á doce pobres, lo que multiplica el número alguna vez hasta doscientos. Como la accion de Jesucristo no era un acto del sacerdocio, los legos se han creido con tanto derecho para imitar el ejemplo de humildad que les ha dado este divino Salvador, como los papas, los obispos y los religiosos. Las personas mas calificadas, los reyes y los emperadores se han impuesto un deber, y mirado como un honor, el lavar en este dia los pies á doce pobres, y servirlos por sí mismos á la mesa, despues de esta santa ceremonia, acompañando siempre este acto de humildad con una rica limosna. Las mas grandes princesas no ceden en piedad y en liberalidad á los mayores príncipes en esta práctica de religion tan edificante. Vense en este dia las reinas y las emperatrices lavar los pies á doce mujeres pobres, por el mismo motivo de religion y de piedad.

Es tambien una costumbre, universalmente establecida en toda la Iglesia, elegir el Jueves santo, esto es, el dia de la institucion de la adorable Eucaristia, y del sacrificio augusto de nuestra religion, para consagrar los santos óleos, que deben servir para las unciones santas. Esta consagracion, una de las mas augustas ceremonias de la Iglesia, consiste en las solemnidades de tres bendiciones que hace el obispo, de las cuales la primera es la del *óleo de los enfermos* para el sacramento de la Estremauncion. La segunda es la del *santo crisma* para el sacramento del Bautismo, cuya uncion se hace en la parte

superior de la cabeza; de la Confirmacion, que se hace en la frente; y de la Ordenacion, que se hace en las manos; y para otras consagraciones, cuales son las de los altares, de las iglesias, de los reyes, y de otras personas que se consagran. La tercera bendicion es la del *óleo de los catecúmenos*, del cual se sirve tambien para los sacramentos del Bautismo y del Orden, para la consagracion de los reyes, y para otros usos santos.

Los santos Padres mas próximos al tiempo de los Apóstoles, prueban bastantemente que estas bendiciones de los santos óleos y del santo crisma, son de tradicion apostólica. *Hay alguno enfermo entre vosotros*, dice Santiago, *haga venir á los presbíteros de la Iglesia, y que oren sobre él, ungiéndole con el aceite en el nombre del Señor*. La uncion del óleo que, viviendo nuestro Señor, empleaban los Apóstoles para curar los enfermos, y de que se ha hablado en S. Marcos, se ha mirado siempre en la Iglesia como un preludio, y como la figura y la representacion del sacramento de la Estremauncion. *Ungian con el aceite á muchos enfermos, y sanaban*. Estas tres bendiciones se hacian en la misa que se llamaba crismal. El óleo de los enfermos no tiene ninguna mezcla. El santo crisma se compone de aceite y bálsamo: los griegos modernos despues de su crisma mezclan en él muchas esencias y perfumes. Por lo que hace á las sagradas ceremonias que acompañan á la bendicion ó consagracion particular del santo crisma, puede decirse que apenas hay en la Iglesia ningunas que se les haya dado mas aparato, tanto en la Iglesia latina como en la griega. El concilio de Meaux dió un decreto en el año de 845, prohibiendo á todo obispo el que hiciese el santo crisma en ningun otro dia mas que en la feria quinta de la semana mayor, que lleva el título especial de la Cena del Señor y de Jueves santo.

Llámase tambien el Jueves santo dia de *Indulgencia* ó *Jueves santo*, porque en los primeros siglos se reconciliaban en él los pecadores públicos, dándoles la absolucion de sus pecados, de donde ha venido nuestra palabra vulgar de *absolucion general*; en seguida se les admitia en la Iglesia que se les habia entre-dicho desde el dia de Ceniza despues de haberles impuesto una penitencia por sus pecados. Como en la Iglesia se reconciliaban en este dia los penitentes, así tambien los príncipes y los reyes, dice S. Eloy, daban libertad á los presos, y concedian gracias. Las demás ceremonias de la Iglesia en este dia se reducen al silencio de las campanas, á la visita de las iglesias, y á reservar el Santísimo Sacramento para el dia de mañana. Así como la ce-

remonia de tocar todas las campanas cuando se dice: *Gloria in excelsis Deo...* es para hacer esta misa mas solemne, así tambien la cesacion del sonido de las campanas debe mirarse como una señal de la profunda tristeza y del gran luto de la Iglesia en estos tres dias.

La visita de las iglesias que tan religiosamente se hace en todas partes el Jueves santo, es una especie de satisfaccion pública que dan los fieles á Jesucristo, no solo por lo que ha sufrido de ignominioso y doloroso, durante su pasion en el huerto de los Olivos, en las calles de Jerusalem, en las casas de Caifás, Pilato y Herodes, y sobre el Calvario, sino tambien por todas las irreverencias y los sacrilegios cometidos en las iglesias desde la institucion del Santísimo Sacramento. Puede fácilmente deducirse de aqui con qué espíritu deben hacerse estas visitas. Reservase una hostia consagrada para el dia siguiente, porque el Viernes santo no ofrece la Iglesia el santo sacrificio de la Misa, y para representar la muerte de Jesucristo de una manera mas sensible en el oficio, consume el sacerdote por la comunión el Santísimo Sacramento del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, que ha estado espuesto veinte y cuatro horas á la adoracion de los fieles: habiéndonos dejado este divino Salvador la Eucaristía como un memorial de su pasion.

El oficio de la misa de este dia comprende la memoria de todos estos grandes misterios. El introito está tomado del capítulo 6 de la Epístola de S. Pablo á los gálatas: *Nosotros debemos colocar toda nuestra gloria en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual está nuestra salud, nuestra vida, nuestra resurreccion, por la cual hemos sido salvos y rescatados. Compadézcase Dios de nuestras miserias, y derrame sus bendiciones sobre nosotros. Vuelva sus ojos compasivos sobre tantos miserables mortales, y háganos sentir los efectos de su misericordia*. Como hemos sido rescatados por la cruz, solo en la cruz de Jesucristo es en donde tenemos la gloria verdadera, mediante la conformidad que ella nos da con este divino Salvador.

La Epístola de la misa es del capítulo 11 de la primera carta que S. Pablo escribió á los fieles de Corinto, en la cual refiere la institucion del sacramento de la Eucaristía por Jesucristo en la última cena, y el crimen y el castigo de los que se acercan á él indignamente. Además de lo que han dicho los evangelistas de la consagracion que nuestro Señor hizo entonces de su cuerpo y de su sangre con el pan y el vino para hacerse él mismo alimento de nuestras almas, S. Pablo, escribiendo á los corintios, ha hecho la historia de todo lo que pasó en este gran

misterio, segun que él testifica haberlo aprendido del mismo Jesucristo. He aqui lo que dió ocasion á las reprehensiones que les da.

En los primeros tiempos de la Iglesia, los fieles, ya fuese para representar la última cena que Jesucristo celebró con sus apóstoles, al fin de la cual instituyó la Eucaristía, ya para mantener la union entre sí, y tener ocasion de practicar la caridad con los pobres, hacian unos pequeños festines, á los cuales daban el nombre de *Agapes*, palabra griega que quiere decir caridad mutua, y los hacian en los lugares mismos donde se juntaban para la celebracion de los santos misterios, y para comulgar. Abusaban los corintios de esta costumbre en mas de una manera. En primer lugar, no siempre guardaban en estas comidas religiosas la debida templanza ni el recato conveniente; en segundo lugar, en vez de esperarse los unos á los otros, y poner en comun lo que cada uno habia traído, los que llegaban primero comenzaban desde luego á comer, y los ricos se separaban de los pobres; lo cual era contrario al espíritu y al fin de estas comidas, que era la caridad fraterna, la cual, segun Jesucristo, debia animar y caracterizar á sus discípulos, y nivelar, en cierto modo, todas las condiciones. Esta conducta irregular de los corintios no podia dejar de ocasionar incomodidades, y de escitar murmuraciones; pero el mayor mal era, que acercándose á la santa mesa con semejantes disposiciones, muchos se hacian reos de un horrible sacrilegio.

Tertuliano en su apologético esplica el origen de estos religiosos festines. El nombre de nuestras cenas, dice, manifiesta la razon de su establecimiento. Dáseles un nombre que en griego significa *caridad*. Cualquiera que sea el gasto que se haga en ellas, se mira como una ganancia, como un gasto en favor de la piedad. Es un refrigerio con que se alivia á los pobres; todos comen con modestia en ellas, y la comida termina con la oracion. Como estos agapes ó festines de caridad se hacian por la noche para honrar la cena que hizo Jesucristo con sus apóstoles cuando instituyó la Eucaristía, la cual se verificó la tarde en que principiaba el dia de la Pascua, conforme á la costumbre recibida entre los judios, y entre todos los pueblos del Oriente, de comenzar el dia al ponerse el sol; esta circunstancia de la noche, junta al aparato suntuoso con que los judios nuevamente convertidos celebraban el festin, para representar mejor el de la Pascua legal; todo esto dió motivo á los paganos para acusar á los cristianos de que cometian impurezas en estas reuniones nocturnas. Esta palabra *agape*, que significa amor y caridad, forti-

ficaba la sospecha y la calumnia, y esto fué lo que obligó á la Iglesia á abolir enteramente los agapes, á causa de los abusos que se cometian en ellos. El concilio de Cartago celebrado el año de 397 los condenó, y la Iglesia se ha visto obligada en la sucesion de los tiempos á prohibir todas las reuniones nocturnas por mas piadosas que hayan sido.

De la manera con que se hacen los agapes en vuestras reuniones, decia el Apóstol, escribiendo á los corintios, sin union y sin caridad, no es imitar aquella cena del Señor, al fin de la que instituyó el sacramento de la Eucaristía. *Comer la cena del Señor*, no significa aqui recibir el cuerpo y la sangre de Jesucristo, sino hacer una comida en memoria y á imitacion de la cena que hizo Jesucristo antes de la institucion del Sacramento. S. Crisóstomo cree que la comunión precedia á los agapes; pero segun S. Agustin los agapes precedian á la comunión; y este último parecer, á lo menos con respecto á los corintios, parece mas conforme al texto del Apóstol. Ciertamente, el abuso que la iglesia particular de Corinto hacia de esta práctica en el tiempo mismo de los apóstoles, demuestra bastante la razon con que la ha variado la Iglesia universal. S. Agustin testifica que el uso de comulgar el Jueves santo despues de haber comido, era comun en Africa y en Egipto, á ejemplo de Jesucristo que instituyó este sacramento despues de la cena de la Pascua. Con todo eso nota el mismo Padre que el uso universal de toda la Iglesia en su tiempo era el comulgar en ayunas. Es evidente, dice el santo Doctor, que la primera de todas las comuniones del cuerpo y de la sangre de Jesucristo no se hizo en ayunas por los apóstoles. No por esto empero debe criticarse la práctica santa de la Iglesia, que quiere y ordena que no se comulgue sino en ayunas. Es el Espíritu Santo el que quiere que por respeto á un tan grande y augusto Sacramento, los que comulgan no hayan tomado nada todavia cuando comulgan; tal es el uso de la Iglesia en todas partes.

San Pablo reprende, pues, á los corintios por el modo tan poco religioso y aun escandaloso con que ejercitaban una práctica tan santa de piedad. Deja ya de ser una comida de caridad, les dice el Apóstol, cuando cada uno come lo que ha traído, sin dar parte á los demás; y de aqui procede que los mas ricos comen opíparamente, mientras que los pobres en cuyo favor se habian establecido estos agapes se mueren de hambre. ¿No teneis casas para comer y beber? ¿Es acaso para que ostenteis la glotonería, ó para que insulteis á los que no tienen que comer, para lo que se os permite venir á tomar esta comida en la Iglesia?

¿Qué desprecio no hariais de esta Iglesia, de esta reunion de los fieles, de la que los pobres son miembros como vosotros, si no viniessis á ella mas que para insultar su indigencia con vuestros escesos? Siempre se ha dado el nombre de iglesia al lugar en que los fieles se reunian, ya que fuese una simple sala, ó una casa particular, ó un templo consagrado al verdadero Dios. La Iglesia en este pasaje puede tambien indicar la reunion de los fieles. ¿Qué quereis que os diga? ¿que os alabe? continua el Apóstol; no ciertamente, en esto no os alabo. El uso de estas comidas de caridad es laudable; pero el abuso que haceis de ellas es criminal. No pretende S. Pablo reprobare ó prohibir absolutamente los agapes, únicamente quiere enseñar á los fieles á distinguirlas de las comidas ordinarias, y á que no las miren sino como un medio establecido para mantener la caridad mutua, que Jesucristo quiso inspirarnos sobre todo, al instituir el sacramento de la Eucaristia, que es por excelencia un sacramento de amor.

Queriendo el santo Apóstol corregir los abusos que reinaban en estas juntas, en las que se comulgaba, refiere la institucion de la adorable Eucaristia, á fin de que esto les mueva á acercarse á ella con respeto y con las disposiciones que pide el mas augusto de todos los sacramentos, y el mas tremendo de todos los misterios. Del Señor mismo, dice, he aprendido lo que os he enseñado yo tambien, y que os vuelvo á decir aquí, para que no lo perdais nunca de la memoria. Las palabras *de lo que os he enseñado yo tambien*, demuestran claramente que los apóstoles enseñaban muchas cosas en particular á los fieles sobre la religion, que no todas han sido escritas, y que las sabemos de ellos solo por tradicion. No es, pues, de los hombres, añade, ni aun de los otros apóstoles, de quienes sé yo lo que os he enseñado tocante á este artículo importante de nuestra fe. El mismo Jesucristo es el que me ha revelado, que la misma noche en que debia ser entregado á la muerte, despues de haber lavado los pies á sus apóstoles, para que entendiésemos con qué pureza y con qué inocencia debemos acercarnos á la santa mesa, tomó el pan, y dando gracias á Dios su Padre por el milagro permanente que iba á obrar, á la manera que lo habia hecho cuando quiso resucitar á Lázaro, partió el pan y dijo: *Tomad y comed; esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros:* como si dijera, esto es realmente el mismo cuerpo que va á ser entregado por vosotros á la muerte, y que debe espirar en la cruz de aquí á algunas horas. Tomando en seguida el vino en un cáliz, dijo: *Este cáliz es el Testamento nuevo por mi sangre; esto es, por*



esta sangre por la cual establezco la nueva alianza con los hombres. Del mismo modo que la antigua alianza fué confirmada por la sangre de los becerros y de los toros, así la nueva ha sido sellada por la sangre del Salvador. Ninguna alianza solemne se hacia en el antiguo Testamento sin efusion de sangre y sin sacrificio; así Jesucristo quiere que la alianza que hace con el pueblo nuevo, esté cimentada en su propia sangre. Cuantas veces hicieris esto, añade el Salvador, hacedlo en memoria de mí. Como si nos dijera, haced esto, y acordaos que todas las veces que lo hicieris, hareis realmente lo mismo que yo acabo de hacer; las mismas maravillas, los mismos milagros, la misma víctima; puesto que la sustancia del pan y del vino se destruirá, y nada quedará de ella, sino la apariencia del uno y del otro, y bajo de esta apariencia subsistirá este mismo cuerpo que va á ser inmolado, y esta misma sangre que va á ser derramada por la remision de los pecados. Despues de haber referido S. Pablo la institucion de este adorable misterio escita en los corintios reflexiones saludables, y al mismo tiempo les da lecciones importantes. Tened presente, les dice, que cuantas veces comiereis de este pan, y bebiereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor, hasta que él venga. No diferenciándose el sacrificio in-cruento de Jesucristo sobre nuestros altares, del sacrificio sangriento del mismo Salvador sobre el Calvario mas que en la manera, debe despertar en el espíritu de los que participan de él la memoria de la muerte de Jesucristo. Por estas palabras, *hasta que él venga*, nos quiere decir S. Pablo que el sacramento del altar durará hasta el fin del mundo. Nótese tambien que el Apóstol dice: *Cuantas veces comiereis este pan*; pero no dice, y que bebiereis de este vino, sino *que bebiereis de este cáliz*; porque en efecto despues de la consagracion no hay ya vino en el cáliz, sino sangre; y si llama siempre al cuerpo de Jesucristo pan, es porque el Salvador se ha llamado á si mismo pan vivo, y pan de vida: *Yo soy el pan vivo.* (Joan. 6.) El que come este pan, dice en otra parte, vivirá eternamente.

De todo lo que acabo de decir, continua el santo Apóstol, es fácil comprender, qué crimen es, y qué horrible sacrilegio el recibir en pecado la Eucaristía. ¿Quién no ve que cualquiera que come de este pan, ó bebe de este cáliz indignamente, es tan criminal como si hubiese muerto á Jesucristo, y hubiese derramado su sangre? No dice S. Pablo, el que comiere de este pan, y bebiere de este cáliz, sino el que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz, para dar á entender que es permitido comulgar bajo de una sola especie, como despues lo ha

declarado la Iglesia. Examínese, pues, á fondo el hombre á si mismo antes de acercarse á la sagrada mesa, y si se encuentra reo de algun pecado mortal, por mas contricion que presume tener, recurra al sacramento de la Penitencia antes de comulgar. Esto es lo que el santo concilio de Trento ha definido, fundado en la práctica antigua de la Iglesia desde su establecimiento, y en el testimonio constante de los santos Padres en todos los siglos. Añade S. Pablo, que no estraña que haya entre ellos tantas enfermedades y tantas muertes repentinias, las cuales son muchas veces el castigo de las comuniones sacrilegas. Si nosotros nos juzgamos á nosotros mismos sin misericordia, no seremos juzgados; esto es, no seremos castigados de este modo, como profanadores de la sangre de Jesucristo.

El Evangelio de la misa de este dia no contiene mas que la ceremonia del lavatorio de los pies, que segun los intérpretes fué una preparacion para la comunion.

El primer dia de los Azimos, esto es, de los panes sin levadura, en el cual debia inmolarse el Cordero Pascual (este dia comenzaba al ponerse el sol), habiendo venido Jesucristo, dice S. Juan, hácia la tarde á Jerusalem, celebró la cena con sus apóstoles, segun la ley lo prescribia. Distingúense como dos cenas en esta ceremonia legal: la primera, en la que no se servia mas que el cordero pascual, el que debia comerse con las ceremonias prescritas por la ley; y la segunda, que era una cena ordinaria, en la cual en razon de no ser suficiente por lo comun un cordero pascual para satisfacer una familia entera, era permitido servir y comer lo que se queria. Fué, pues, acabada la cena legal, cuando sabiendo Jesucristo que habia llegado su tiempo de pasar de este mundo á su Padre, quiso darnos al fin de su vida temporal una señal de su amor que sobrepujó á todas las que nos habia dado hasta entonces. En efecto, despues de haber celebrado la cena legal, se levantó Jesucristo solo de la mesa, y habiéndose quitado el manto, tomó un lienzo con el que se ciñó: echó en seguida agua en una palancana, y comenzó á lavar los pies á sus discípulos y enjugárselos con el lienzo con que estaba ceñido, despues de lo cual se volvió á poner á la mesa para la cena ordinaria; al fin de la que fué tambien cuando instituyó el Sacramento de la Eucaristia y el sacerdocio de la nueva ley. Dice el Evangelista que cuando el Salvador llegó á S. Pedro para lavarle los pies, absorto el Apóstol al ver á sus pies á su divino Maestro, le dijo con su acostumbrada ingenuidad: ¿Qué es esto, Señor! ¿vos me habeis de lavar los pies á mí que soy un hombre miserable, indigno de estar en el número de vuestros discípulos?



No, divino Maestro mio, no lo consentiré jamás. No desagradó al Salvador el ver en él estos sentimientos de humildad; mas le dijo que esta ceremonia era un misterio que él no comprendia entonces, si bien en adelante lo comprenderia; y que si no se dejaba lavar los pies no tendria parte en su reino. Espántole esta amenaza, y le obligó á esclamar: Si no basta lavarme los pies, estoy pronto á dejarme lavar las manos y la cabeza. Jesucristo, dicen los Padres, queria dar á entender á S. Pedro y á todos sus discípulos con qué pureza se debe llegar al misterio de la Eucaristia, lo cual comprendió bien el Apóstol cuando Jesucristo instituyó el Sacramento. Muchos creen que el lavatorio de los pies era la figura del Sacramento de la Penitencia, y esto era lo que S. Pedro no comprendia entonces. Respondiendo el Hijo de Dios á lo que el Apóstol le habia dicho, esto es, que estaba pronto á dejarse lavar las manos y la cabeza: El que sale del baño, le dijo, no tiene necesidad de lavarse mas que los pies, para limpiar el polvo que haya podido tomar caminando; por esto vosotros estais limpios, aunque no todos: indicando por esta expresion que todos los apóstoles, á escepcion de Judas, estaban libres de todo pecado grave, y que solo tenian necesidad de ser purificados de sus imperfecciones, y de algunos pecados ligeros. Es á la verdad un espectáculo muy tierno, y un acto de humildad que admira, el ver á Jesucristo á los pies de Judas; pero Judas insensible viendo á Jesucristo á sus pies, es un ejemplo que debe hacer temblar. Despues que el Salvador hubo lavado los pies, y vuelto á tomar su manto, se puso á la mesa, y les dijo: ¿Comprendeis bien lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si pues yo, siendo Señor y Maestro, os he lavado los pies, ¿os costará á vosotros trabajo el humillaros mutuamente, y ambicionareis, como lo haceis, los primeros puestos? No haya, pues, ya entre vosotros disputas por el primer lugar; sirvaos de leccion eficaz el ejemplo que acabo de daros, y acordaos de lo que tantas veces os he dicho, que cualquiera que se humilla será exaltado.

La Iglesia para honrar hoy la institucion de la Eucaristia y la del Sacerdocio, quiere que á ejemplo de Jesucristo soberano pastor, comulguen todos los sacerdotes en la misa, de mano de su prelado ó de su cura, y los superiores de mano de su superior. Esta comunión siempre es solemne. No se da paz en la misa de este dia á causa de que en él fué en el que Judas entregó á Jesucristo por un beso sacrilego.

HIMNO DE SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Pange lingua gloriosi
Corporis mysterium,
Sanguinisque pretiosi,
Quem in mundi pretium,
Fructus ventris generosi,
Rex effudit gentium.

Nobis datus, nobis natus
Ex intacta Virgine,
Et in mundo conversatus,
Sparsus verbi semine,
Sui moras incolatus
Miro clausit ordine.

In supremæ nocte cœnæ
Recumbens cum fratribus,
Observata lege plene
Cibus in legatibus,
Cibum turbæ duodenæ
Se dat suis manibus.

Verbum Caro, panem verum,
Verbo carnem efficit;
Fitque Sanguis Christi, merum,
Et si sensus deficit
Ad firmandum cor sincerum
Sola fide sufficit.

TANTUM ERGO SACRAMENTUM
Veneremur cernui:
Et antiquum documentum
Novo cedat ritui:
Præstet fides supplementum
Sensuum defectui.

Genitori Genitoque
Laus et jubilatio;

Cante la voz del cuerpo mas
glorioso
El misterio sublime y elevado
Y de la sangre escelsa que, amo-
roso,
En rescate del mundo ha derra-
mado,
Siendo fruto de un vientre gene-
roso
El Rey de todo el orbe, mas sa-
grado.

Dado para nosotros y naciendo
De una Virgen intacta y recatada
Conversando en el mundo y espar-
ciendo

La semilla verbal mas acendrada,
Con orden admirable y estupendo
El tiempo concluyó de su morada.

En la noche sagrada de la Cena,
Sentándose a cenar con sus her-
manos,

Observada la ley en que se ordena
La comida legal a los Ancianos,
A si mismo en manjar a la docena
De Apóstoles se entrega con sus
manos.

De nuestra carne el Verbo re-
vestido

Hace con solo haberlo pronuncia-
do,

Que el pan sea en su carne con-
vertido,

Y el vino en su propia sangre tras-
formado;

Y si a desfallecer llega el sentido
Con la fe el corazon es confirmado.

Demos pues a TAN ALTO SACRA-
MENTO

Culto y adoracion todos rendidos,
Y ceda ya el antiguo documento

A los ritos de nuevo instituidos:
Constante nuestra fe dé suplemento
Al defecto de luz de los sentidos.

Al Padre con el Hijo sea dado
Júbilo, aplauso y gloria eterna-
mente;

Salus, honor, virtus quoque,
Sit et benedictio:
Procedenti ab utroque
Compar sit laudatio. Amen.

Salud, virtud y honor interminado;
Bendicion y alabanza reverente:
Y al Espíritu, de ambos aspirado,
Sea gloria y loor no diferente.
Amen.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

*Deus, à quo et Judas reatus
sui pœnam, et confessionis suæ
latro præmium sumpsit: con-
cede nobis tuæ propitiationis ef-
fectum: ut sicut in passione sua
Jesus Christus Dominus nos-
ter diversa utrisque intulit sti-
pendia meritorum; ita nobis,
ablato vetustatis errore, resur-
rectionis suæ gratiam largia-
tur. Qui tecum vivit...*

¡Oh Dios! de quien Judas
ha recibido el castigo de su pe-
cado, y el ladrón el premio de
su confesion, haced que nos-
otros experimentemos el efecto
de vuestra misericordia; para
que así como nuestro Señor Je-
sucristo ha tratado en su pasion
al uno y al otro segun su méri-
to, así tambien destruido lo
que hay en nosotros del hom-
bre viejo, nos dé parte en su
resurreccion gloriosa, el que
siendo Dios vive y reina, etc.

*La Epistola está tomada de la primera carta del apóstol S. Pa-
blo à los cristianos de Corinto, cap. 11.*

*Fratres: Convenientibus vo-
bis in unum, jam non est Do-
minicam cœnam manducare.
Unusquisque enim suam cœnam
presumit ad manducandum.
Et alius quidem esurit, alius
autem ebrius est. Numquid do-
mos non habetis ad manducan-
dum et bibendum? Aut Eccle-
siam Dei contemnitis, et con-
funditis eos qui non habent?
Quid dicam vobis? Laudo vos?
In hoc non laudo. Ego enim
accepi à Domino, quod et tra-
didi vobis, quoniam Dominus
Jesus, in qua nocte tradebatur,
accepit panem, et gratias agens*

Hermanos míos: Del modo
que se verifican vuestras jun-
tas, no es ya comer la cena del
Señor. Porque cada uno se po-
ne desde luego á comer lo que
tiene para cenar, de tal mane-
ra que mientras uno se muere
de hambre, otro se entrega á
la glotoneria. ¿Acaso para ha-
cer esto, no tenéis casas donde
comer y beber, ó despreciais la
iglesia de Dios, y pretendéis
avergonzar en ella á los que na-
da tienen? ¿Qué queréis que
os diga? ¿Qué os alabe? No
por cierto, en esto no os ala-
bo. Porque yo he aprendido del